

Escuela Freud-Lacan de La Plata

Bordes: psicoanálisis y desplazamientos

Este encuentro de analistas e instituciones sucediendo en el confuso seno de nuestro tiempo, nos invita, acaso nos exhorta, a una serie de reflexiones que implican la condición de lo actual y el lugar del psicoanálisis. El que sucede en cada consultorio, en el lazo social y cómo sus efectos llegan a la institución analítica, para seguir asumiendo una posición propicia a lo que la clínica nos reclama, a sus efectos y a su formalización. La función topológica del corte engendra en un mismo acto superficie y borde dando lugar al agujero. Es en la función del lenguaje y el campo de la palabra donde encontramos la posibilidad de producir ese corte que en el discurso incluya la dimensión temporal.

El psicoanálisis nace como discurso en un borde muy preciso que se constituye en la superficie de la ciencia decimonónica, en el punto en que el significante con la función del enigma ocasiona un corte en una razón que no puede dar cuenta de la relación entre la palabra, el sexo y el cuerpo.

Hoy el psicoanálisis, como muy bien sitúa el título que nos reúne, se encuentra involucrado en el borde de dos superficies de desplazamientos. Por un lado la crisis de los discursos hegemónicos profundizada por la crisis humanitaria, macroeconómica e ideológica de los tiempos que nos tocan vivir, y por otro, una nueva preponderancia discursiva que toma cuerpo en el relato de los sujetos bajo la forma de los feminismos, los cambios en la sexualidad, las nuevas configuraciones familiares y el impacto de una contingencia que da lugar a una inestabilidad en el lazo social. Entre ambas superficies de desplazamiento hallamos el agujero estructural por donde emerge la no relación de la que está afectado el ser hablante.

En este borde y frente a estos desplazamientos el psicoanálisis acepta su lugar para interrogar una temporalidad discursiva de incierto destino. En esta contemporaneidad donde filósofos y pensadores pronostican un cambio de paradigma, no se lo puede formalizar más que a modo conjetural, muchas veces paradójico y de modo provisorio. Pero el psicoanálisis día a día se encuentra con los efectos de esta conflictiva convertida

en el horizonte de nuestra época y expresada indefectiblemente en el plano del sujeto. Porque el malestar en la cultura, refractario en esencia a todos los cambios epocales, es lo que no cesa de no inscribirse en el lazo social.

A partir de las formas que en cada tiempo adopta este real, en el campo de las múltiples psicoterapias se produce un desplazamiento al infinito en la búsqueda del sentido, la armonía entre las partes o el objeto que complete. De la demanda de felicidad hacen usufructo estas prácticas que, si las apreciamos en una línea de tiempo, las vemos surgir, manifestarse y desaparecer en este desplazamiento continuo para ser sustituidas por otras y luego por otras, renovándose de un modo tan constante como infructuoso. Hoy estas prácticas aparecen en nombre de las neurociencias y de la industria farmacológica, de las llamadas ciencias de la conducta, las cognitivas y todas las formas de tratamientos que tienen por objeto la conciencia y la voluntad. A partir de esto hay una oferta inagotable que promete feliz tranquilidad, estable y sin contradicciones, que idealiza la búsqueda de un cuerpo bello, siempre joven y de placer purificado, junto un estado de analgesia inmediata que va desde la mirada de la piel hasta la vida anímica.

Mucho más podríamos describir a estos deslizamientos metonímicos de un sinfín de prácticas, pero el psicoanálisis formaliza en el plano del sujeto un real anudado que surge de la eficacia de la castración y de la consiguiente no relación sexual. Por más incómodo que resulte a los ideales de nuestro tiempo, es inmanente a la existencia del parletre, como efecto del lenguaje y como sujeto del inconciente.

Aquí es donde tenemos para decir y hacer. Porque este real anudado es el que nos pone de algún modo a resguardo de los desplazamientos que venimos situando, sin dejar de estar en el horizonte de la época en la que nos toca desarrollar nuestra práctica, para que el sujeto encuentre una relación propia y singular entre su deseo y los goces que lo habita.

Por esto es vital sostener y cuidar el lazo social entre analistas en las instituciones a las que pertenecemos, para poder asumir el intercambio de los múltiples enlaces que nos propone la Convergencia, como un gran dispositivo de permanencia y transmisión.

Es cierto que en el psicoanálisis hay desvíos y fragmentaciones, pero entendemos que estos encuentran lugar con mayor facilidad cuando se estanca el lazo social entre

analistas. Esta detención favorece a que las letras de la transmisión se aproximen a la categoría del signo y a los signos a convertirse en propiedad privada de un uno que organiza la política de la pirámide. Y así coincide el uno con el líder, el líder con el ideal y ya sabemos cómo terminan estas cosas, en un ejército de religiosos que poco y nada tienen que ver con el psicoanálisis.

Lejos estamos de esta instancia cuando aceptamos trabajar juntos, manteniendo los matices y las diferencias en la transferencia de trabajo. La multiplicidad de lecturas son propias del psicoanálisis y las diferencias puestas a favor del lazo social entre analistas, sostienen la interrogación y la transmisión que hacen a la permanencia y el avance del psicoanálisis en el cuerpo social de cada época, porque el discurso del psicoanálisis lo que permite es la reelaboración del goce.

En la serie de los desplazamientos epocales el psicoanálisis sitúa algo que no cambia en la estructura del sujeto, algo que no varía y permanece en nuestra singularidad. No hubo una estructura subjetiva en la antigua Grecia y otra en nuestros días, no es distinto el inconsciente de los orientales al de los occidentales, tampoco se trata de elegir entre el deseo o el goce, ni la habilitación del incesto es una práctica aceptada por alguna sociedad. Los elementos que dan cuerpo a las letras que nos constituyen y las operaciones lógicas de la subjetividad, perseveran en *lalangue*, que transforma a un puro soma en un parletre. A partir de acá nuestra praxis es decisiva para que un sufriente haga otra cosa con su verdad. Porque una posición que acepte que “lo que se diga quede olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha” permite avanzar en el campo de una producción que sea del sujeto. Esta es la que nos lleva a los analistas como sujetos de nuestra propia enunciación a la institución analítica, que con la vigencia de los dispositivos pone a resguardo la investigación de un lazo social inédito, para dar testimonio de lo que ahí sucede.

En estos tiempos de grandes tribulaciones son la ética y el deseo del analista los que sostienen la clínica y el trabajo en común de nuestra siempre renovada convergencia.

Escuela Freud-Lacan de La Plata
Secretaría de Extensión
Sandra Alderete

Roberto Consolo

Mariana Pereyra

Leticia Scottini

Junio de 2021